

Quizá sea mi destino...

Luisa Ruiz Moreno
Universidad Autónoma de Puebla

1. Explicar por necesidad de comprender

Si bien me propongo en estas páginas contribuir al desarrollo de la noción de aspectualidad como una dimensión del discurso en la que aparece la presencia de una mirada —para atenernos al origen latino de *aspectus*, acción de mirar, derivado de *aspicere*, mirar—¹ que arroja un punto de vista sobre el discurso mismo y sus componentes, tal aporte, si acaso tuviere lugar se hará por la vía de un ejercicio práctico.

Es decir, el procedimiento de este trabajo será fundamentalmente inductivo y semejante a otro² donde, mediante el análisis de un texto visual, espero haber demostrado cómo la intervención de una aspectualidad modalizante, en ambos planos del texto y en los diversos niveles, constituye la columna vertebral de la significación y se convierte así en una clave para su lectura.

¹ Joan Corominas, *Breve Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana*, Gredos, Madrid, 1983.

² Luisa Ruiz Moreno, "La acción observada", *Opción*, Año 13, Nº 23, Maracaibo, 1997.

De manera que aprovechando la experiencia de ese análisis asociaré también aquí los procesos de aspectualización a los procesos de modalización puesto que el conjunto de operaciones que ellos implican instalan en el discurso una mirada que, además de cumplir su función específica, es crítica e incide sobre la acción.

En este caso, el texto en cuestión es verbal y escrito, donde la sustancia sensible que soporta al plano de la expresión es la escritura a mano de un suicida. La brevedad del texto es conforme, término a término, con la fugacidad del tiempo en el que unas pocas palabras de intimidad confesional pasan a ser los últimos trazos de despedida y a constituir el testimonio, el documento, del que ha decidido anticipar su muerte. Transcribo a continuación esos párrafos:

Queridos todos:

Me volvió a invadir el impulso a la muerte... Esta vez se presentó en una verdadera pesadilla... Estas últimas horas he tratado de luchar contra ese impulso... He llorado mucho por todas mis pérdidas y por todo lo que dejo, especialmente a ti X que te quiero tanto... He tratado de vencer ese impulso pero he sido vencido; es como una fuerza que se impone y me lleva... Quizá sea mi destino, morir ahorcado, como en las pesadillas que tenía de chico cuando temía que "la mano negra" me ahorcara; como sucedió con mi mellizo... El viernes a la noche me protegí con el llanto y con el abrazo de X y X... Pero hoy esa fuerza hasta me impide despedirme... No he podido tomar el teléfono para pedir ayuda... Pero al menos he podido llorar al pensar en cada uno de ustedes... Lamento defraudarlos... Gracias por todo lo que hicieron por mí... Gracias por tanto cariño!

Adios?

Querido todos

He volví a invadir el impulso a la muerte... Esta vez se presentó en una verdadera pesadilla... Estas últimas horas he tratado de luchar contra ese impulso... He llorado mucho por todas mis pérdidas y por todo lo que dejo, especialmente a ti X que te quiero tanto... He tratado de vencer ese impulso pero he sido vencido; es como una fuerza que se impone y me lleva... Quizá sea mi destino, morir ahorcado, como en las pesadillas que tenía de chico cuando temía que "la mano negra" me ahorcara; como sucedió con mi mellizo... El viernes a la noche me protegí con el llanto y con el abrazo de X y X... Pero hoy esa fuerza hasta me impide despedirme... No he podido tomar el teléfono para pedir ayuda... Pero al menos he podido llorar al pensar en cada uno de ustedes... Lamento defraudarlos... Gracias por todo lo que hicieron por mí... Gracias por tanto cariño!

De por sí, la sola existencia de estas líneas es una demanda de comprensión del destinatario, quien está concernido en el encabezado apelativo de la carta por un sustantivo comunitario y englobante, todos, y adjetivado por una determinación afectiva, *queridos*. Esta calificación restringe la cantidad comprendida por “todos” ya que en realidad la carta se dirige sólo a “todos los que son mis queridos”, lo cual conmina al destinatario circunstancial, el que encontró la carta o el que se vio encontrado por ella porque se la hicieron llegar, a hacer una elección fundamental: Asumir su rol y sentirse incluido en “mis queridos”, y para ello debe darse una condición previa que es el “querer estar entre esos queridos”, o bien, con una especie de pudor y a pesar de que “hubiera querido sentirse entre esos elegidos”, advertir que la decisión de pertenencia o no a la comunidad de “los queridos” está demasiado recargada sobre su lado y que el destinador ha usado una falta de precisión que no le corresponde sólo al destinatario aclarar. Por lo tanto, este último puede interpretar que está fuera del alcance del apelativo de la carta y rechazar la asunción del rol de destinatario implícito.

De cualquier modo, la carta exige una postura frente a ella; lo cual es también una cuestión de aspecto.³ Pues, si este procedimiento discursivo crea en su interior la presencia de una mirada crítica, proyecta hacia el exterior una cierta disposición del discurso, una manera de aparecer o presentarse ante la vista de otro. Y esto, necesariamente, hace que el destinatario deba responder, por su lado, con una posición propia ante la carta, ya sea ética: asumirla o no, ya sea espacial: estar dentro o estar fuera. Posición que, aun antes de su encabezado y por el sólo hecho de su existencia desgarradora, impone una necesidad de comprensión.

Y esa necesidad de poder abarcar, de comprender, en un conjunto las partes desgarradas —por lo pronto las del destinador y del destinatario mismo— es la que impulsa en este caso el

³ Martín Alonso, *Enciclopedia del idioma*, Gredos, México, 1991.

análisis. Pero esta actividad metalingüística, paradójicamente, es una descomposición de la totalidad. Sin embargo, el examen de los segmentos o las partes de la carta —en tanto texto manifiesto, acontecimiento acaecido— permite explicar, hacer explícito lo implícito, volver un poco menos inaccesible para la inteligencia esa disjunción tan radical y definitiva como sólo la muerte puede serlo. Disjunción de la cual la carta es un anuncio *a posteriori*.

Es de esperar que una vez alcanzado un mínimo discernimiento, el propio proceso de lectura —por ser una dinámica discursiva— vaya proveyendo procedimientos integradores que, sumados a las operaciones de selección y orden, ofrezcan un mínimo vislumbre en la complejidad de la carta y un pequeño acomodo en la posición afectiva del destinatario que ha sido radicalmente perturbado por el acontecimiento fatal que la carta testimonia.

Sumado a ese desgarrar insalvable, el anonadamiento del destinatario se da por el hecho de que el propio anuncio de la muerte, la que se autoejecutó a continuación de la escritura, se hace en la carta desde un futuro que no pudo tener existencia; salvo por un efecto discursivo. O sea, el escribiente sólo puede escribir mientras está vivo y anunciar así lo que hará; pero el escribiente de esta carta habla desde un punto de vista que pareciera localizarse en la muerte misma y produce la ilusión referencial de estar hablando en pasado de su muerte ya ocurrida.

Quiere decir que este esfuerzo explicativo está alentado por una necesidad de comprender y dado que nuestro estudio va de un texto particular, la carta del suicida, hacia una problemática de semiótica general, los procesos de aspectualización, pareciera que este trabajo debe reconocerse en un encuadre de semiótica hermenéutica.⁴

⁴ ...“la ‘sinergia entre comprensión y explicación’ resulta pensable gracias al propio recorrido que ha cumplido la semiótica. En ese punto Paul Ricoeur avanza sobre dos temas de convergencia: la temporalidad narrativa de las transformaciones y la función mediadora de la aspectualidad.” Claude Zilberberg, “Brève réponse à Paul Ricoeur”, *Nouveaux Actes Sémiotiques*, 7, PULIM, Limoges, 1990, (traducción propia).

2. Un entreacto con valor terminativo

La carta, entonces, sometida a nuestro análisis y por ello mismo convertida en objeto de observación es producto, en tanto enunciado, de un acto de enunciación que la hace posible. Pero al mismo tiempo, cobra realidad y llega a nuestras manos porque ella es el espacio intermedio que va de ese acto de enunciación a otro, no ya verbal sino gestual y somático: ejecutar la propia muerte. Este último acto, previsto por el anterior con carácter virtual, se ve actualizado en el texto escrito y realizado en el texto corporal del suicida. De manera que tomada la secuencia discursiva en su totalidad, sólo este segundo acto es verdaderamente terminal.

Sin embargo, el segmento intermedio, lo que está entre los dos actos de enunciación, en lugar de mantener el valor durativo que tiene de hecho para el destinatador —puesto que esa escritura es su mientras tanto— adquiere un valor terminativo cuando el destinatario lee la carta. Este último hace su lectura después de la muerte de quien escribe y como cierre final del acontecimiento completo.

Ahora bien, de la totalidad de los hechos, la carta como texto concreto y sensible es el único documento que perdura —y en ese sentido se carga de incompletud— puesto que los otros testimonios que son el cuerpo y la vida misma del suicida desaparecen físicamente del campo de presencia. Sólo queda sobre el papel, entre las manos y ante la vista del lector, la impresión de puño y letra del amigo suicida. Entonces, no es precisamente la carta como texto manifiesto lo que se muestra como un hecho terminado en el momento de su lectura, sino la carta como discurso, o sea, lo que la carta dice: "...he sido vencido". Esto querría decir que para el destinatario hay dos instancias de lectura de la misma página escrita y que ellas surgen según la posición que él adopte frente a una doble temporalidad: la de la experiencia, donde la carta es parte de los acontecimientos

vividios, y, la del discurso, que es una temporalidad construida por el destinatador.

Así, retomando a G. Guillaume resumido muy claramente en una cita de Gérard Gonfroy,⁵ se puede considerar que para la lectura del destinatario concurren dos tiempos: un *tiempo implicado*, inherente al proceso mismo del que habla la carta, y un *tiempo explicado*, exterior a ese proceso porque sus referentes cronológicos están fuera de él: un antes y un después de la carta. Dado que, según estos autores, es el tiempo implicado lo que corresponde al *aspecto* y el tiempo explicado lo que corresponde al *tiempo*, entendido aquí como organización sucesiva de la experiencia, podemos decir que el valor terminativo del entreacto, que es finalmente la carta, es un efecto debido a la aspectualidad del discurso.

En consecuencia, la carta como texto se inscribiría en el tiempo y la carta como discurso sería producto del proceso de aspectualización que finalmente lo configura. Y he ahí que me parezca útil para el análisis de la carta —como objeto significante, y del que nos proviene una imperiosa demanda de comprensión— mantener las dos instancias separadas y focalizar solamente en los términos de este trabajo la descripción de los mecanismos que el aspecto pone en marcha en el discurso.

Sin embargo, como es evidente que lo que la carta dice adquiere relevancia significativa porque ella está enmarcada por

⁵ "Todo proceso puede estar situado en el eje del tiempo que tiene referentes exteriores, ya sea que ellos provengan de la temporalidad objetiva (pasado, presente, porvenir) o que estén constituidos por otros procesos o que se definan con respecto al momento de la enunciación. Esos referentes, relativos o absolutos, se inscriben en una cronología externa con relación al proceso: pertenecen al '*tiempo explicado*'. Paralelamente, todo proceso implica en sí una idea de duración, por mínima que ella sea. Ese tiempo inherente, parte integrante de la sustancia del verbo, está indisolublemente ligado al proceso. Es el '*tiempo implicado*'. Como lo dice Guillaume, 'es de la naturaleza del *aspecto* toda diferenciación que tiene por lugar el tiempo implicado'. Es de la naturaleza del *tiempo* toda diferenciación que tiene por lugar el tiempo explicado". Gérard Gonfroy, "Enquête sur la pré-histoire de la notion d'aspect verbal", *Le discours aspectualisé*, Jacques Fontanille (ed.), PULIM/Benjamins, Limoges, 1991.

4. La acción en profundidad

Circunscrito ahora ese tiempo profundo del discurso donde labora y se genera la aspectualidad reinante en el objeto que nos ocupa, es decir, en la carta en su conjunto, podemos pasar a describir cómo la aspectualidad incide en lo que es central en esta carta: la acción. Primero podemos hacerlo en y desde las formas verbales que manifiestan la acción de manera más clara y evidente, y, después, trataremos de ver cómo a partir de ahí el aspecto se disemina hacia las demás formas semióticas directamente ligadas a la acción, el actor que la lleva a cabo en el discurso, el espacio donde ella se desenvuelve y el tiempo en el que transcurre.

Para realizar tal descripción creo que es necesario extraer de la carta los sintagmas verbales y tratar de caracterizarlos y, luego, agruparlos según los rasgos comunes que ellos presentan. Para identificarlos podemos recurrir a dos criterios que a mi juicio permiten abarcar a las distintas clasificaciones que se han hecho, tanto en lingüística como en semiótica, del aspecto verbal: a) un criterio actancial, es decir, que atiende a la relación que el sujeto de la acción mantiene con la acción misma tomándola como un objeto de valor, y, b) un criterio de realización de la acción en cuanto a su propio desenvolvimiento, ya sea que ella inicie, dure o termine.⁷

Dado que la perfección en Semiótica es considerada como la reunión del sujeto con el objeto, el criterio (a) permite determinar si la acción es *imperfectiva* (I), cuando el sujeto no ha logrado cumplirla plenamente; o si es *perfectiva* (P), cuando el su-

⁷ Fernando Lázaro Carreter en su *Diccionario de términos filológicos*, Gredos, Madrid, 1981, da cuenta de las distintas posturas lingüísticas con respecto a la noción de *aspecto*. Todas ellas están centradas sobre la problemática de la acción pero con gran diversidad de criterios. Finalmente, Agrell, en 1908 y seguido después por muchos lingüistas, propone distinguir *aspecto* de *aktionsart*. El primero representaría el punto de vista subjetivo del hablante sobre la acción y el segundo expresaría los caracteres objetivos del proceso y tendría un carácter fundamentalmente semántico.

jeto ha podido cumplirla en su totalidad y, por lo tanto, su deseo de posesión con respecto a ella ha sido obtenido o también puede considerarse que la acción es perfectiva cuando el sujeto ha sido poseído por la acción. En cualquiera de estos dos últimos casos el sujeto y su acción se integran en una sola unidad.

Por su parte, el criterio (b) desinvolucra un tanto al sujeto de la acción que él mismo realiza y ella se ve en sus estados de *incoatividad* (I), *duratividad* (D) o *terminatividad* (T).

Tanto un criterio como el otro pueden aplicarse en la cronología del tiempo, pasado, presente y futuro, así como conservar y aprovechar la clasificación normal y de uso corriente de los verbos en español. Por ejemplo, no en vano, en esta lengua suele agregársele el calificativo de “perfecto” a los llamados “tiempos verbales” que se componen con el auxiliar *haber* y en esos casos las “personas” que llevan a cabo las acciones están más íntimamente comprometidas con ellas que en los tiempos simples que se conjugan sin el auxiliar. Así, releyendo la carta que nos ocupa, no es lo mismo decir: “luché” que “he tratado de luchar”, o bien, “lloré” que “he llorado”, etcétera.

En el caso del infinitivo se puede considerar que es una acción que sólo está planteada como *a ocurrir* pero que en compensación contiene todas las posibilidades de pasar por los distintos estados de realización, tiempos y conjunción o no con el sujeto. Por ello podemos considerar al infinitivo como una acción virtual.

A continuación podemos ver una lista donde aparecen, extraídos de la carta, todos los sintagmas verbales clasificados según los criterios (a) y (b) antes expuestos. Con mayúsculas, del lado izquierdo, aparecen las iniciales de las caracterizaciones de las distintas acciones que hemos hecho más arriba. Del lado derecho, y dado que la mayoría de las acciones están en pasado, sólo hemos señalado las que están en presente o en futuro. Con el riesgo de que el listado se vuelva heterogé-

neo —ya que se trataba de sintagmas verbales— agrego al final dos signos visuográficos y la palabra de despedida, pues considero importante que aparezcan allí.

(a) (b)

- I T..... me volvió a invadir
 I T..... se presentó
 P T..... he tratado de luchar
 P T..... he llorado
 P T..... todo lo que dejo (Presente)
 P T..... te quiero tanto (Presente)
 P T..... he tratado de vencer
 P T..... he sido vencido
 P T..... es una fuerza que se impone y me lleva (Presente)
 I D..... quizá sea mi destino (Futuro/Presente)
 virtual..... morir ahorcado(Infinitivo)
 I D..... tenía de chico
 I D..... temía que me ahorcara
 I T..... como sucedió
 I T..... me protegí
 P T..... me impide despedirme (Presente)
 P T..... no he podido tomar el teléfono
 virtual.... pedir ayuda (Infinitivo)
 P T..... he podido llorar al pensar
 P T..... lamento desfraudarlos (Presente)
 I T..... todo lo que hicieron
 P T..... !
 P T..... adiós
 I D..... ?

Esta lista es elocuente por sí sola. El hecho de haberla confeccionado y después leído varias veces la convierte en un connotador de múltiples instancias del texto. Pero lo que más

llama la atención es la cantidad de sintagmas verbales que ocupan el entramado de la carta, prácticamente son ellos su sostén pues poco queda de escritura fuera de esos sintagmas. De esa cantidad de acción, la cual es significativa para el discurso porque le imprime el carácter de ser un discurso transformacional, podemos decir que la mayoría de las acciones son terminativas y perfectivas.

Por lo tanto, si lo terminativo indica a una acción en su estado realizado y lo perfectivo indica a una acción que el sujeto —habiéndola tomado como un objeto valor— ha obtenido plenamente, en la dimensión narrativa éste es un discurso de clausura y de adquisición; no obstante el sujeto se declara vencido. Pero se declara vencido con respecto a su anti-sujeto que él identifica como “el impulso a la muerte” y no con respecto a sus acciones que logra realizar y poseer en plenitud, incluso la última y máxima que es la de su propia muerte.

Dicho esto, la consecución del análisis nos lleva a hacer dos incursiones obligadas, una hacia el nivel narrativo y otra hacia la instancia de la enunciación.

4.1. El nivel narrativo

Se desprende del punto anterior que estamos frente a dos programas narrativos, uno de adquisición y otro de pérdida. El primero es el que connotan los sintagmas verbales y el segundo es el que denota el destinador de la carta: “Estas últimas horas he tratado de luchar contra ese impulso”. Curiosamente, en ambos, lo que se busca obtener es la posesión de una acción pues en el segundo también el objeto valor es una acción: el luchar y el vencer.

Así el primer programa sería el siguiente:

PN1:

estado virtual: $S1 \Rightarrow Ov$ Ov = distintas
accionesestado actual: $(S1 \cup Ov) (S1 \cap Ov)$ S1 = destinador
de la cartaestado realizado: $SH \Rightarrow [(S1 \cup O) \Rightarrow (S1 \cap O)]$

SH= ?

El segundo programa es un poco más complicado porque en realidad el sujeto no llega a realizarlo, sólo permanece en un estado de actualización donde sí se plantea firmemente su deseo: "he tratado de vencer ese impulso".

PN2:

estado virtual: $S1 \Rightarrow Ov$

Ov = vencer

estado actual: $(S1 \cup Ov) (S1 \cap Ov)$ S1 = destinador
de la carta

"...pero he sido vencido..."

estado no realizado: $SH \Rightarrow [(S1 \cup O) \rightarrow ...]$

Entonces, aquí lo que se pierde, el luchar y el vencer, es lo que nunca se ha obtenido y es lo que automáticamente gana otro: "el impulso a la muerte" a quien podemos denominar S2, el anti-sujeto de S1. En efecto, este programa narrativo de pérdida tendríamos que plantearlo desde la perspectiva de S2 y así tendríamos exactamente el mismo programa de adquisición que hemos desarrollado para PN1, en este caso incluso de victoria.

Así, lo que se ve claramente es que este segundo programa más que tener dos perspectivas es doble y confrontado. Se trata de una polémica, un enfrentamiento literalmente a muerte, entre S1 y S2, cada uno con su propio programa y como la disputa es por causa de la obtención del mismo valor, vencer, ambos programas tienen un mismo punto de confluencia:

 $S1 \Rightarrow Ov \Leftarrow S2$

Después de estas incursiones por la dimensión narrativa a las que nos llevaron los sintagmas verbales ¿Qué conclusión parcial podríamos extraer? Creo que la primera y principal es que el destinador de la carta, al ser proyectado en ese nivel más profundo y abstracto que es el nivel narrativo, se descubre asumiendo por lo menos dos sujetos diferentes de dos programas distintos. Me refiero a los dos S1, del PN1 y del PN2, o sea, el sujeto que logra realizar sus acciones con plenitud y el que no las logra. La segunda, es que el destinador de la carta, ya como actor del discurso, hace emerger en éste la figura de un "yo" que sincretiza los dos actantes sujetos de los dos programas detectados, y, además, hace emerger también la figura del anti-sujeto S2. Así, "yo", el que escribe y destina la carta a los "queridos todos", instala en el discurso a S2, bajo la figura antagónica del "impulso a la muerte", iconizándolo como un personaje que llega hasta su casa, al parecer en la noche pues la carta y el suicida fueron encontrados por la mañana. La frase: "esta vez se presentó en una verdadera pesadilla" produce la impresión referencial del escenario, de la aparición en escena y de la recurrencia de tales presentaciones.

4.II. La instancia de la enunciación

Sin duda, es la instancia de la enunciación la que da lugar a estos juegos de desdoblamiento e instalaciones de diversos actores en el enunciado y es en esa estructura donde ahora debemos focalizar el análisis. Mejor dicho, no en ella misma sino desde ella, porque es a partir de esa estructura que necesitamos visualizar las figuras que se engendran hacia el enunciado dado que ahí residen los efectos de sentido que queremos comprender. En consecuencia, nuestro trabajo quedaría necesariamente inclinado hacia las consideraciones "enunciativas" del aspecto, según

las clasificaciones que propone Roberto Flores Ortiz en un artículo de esta misma revista.⁸

Siguiendo, entonces, para nuestros propósitos la teoría del observador de Jacques Fontanille,⁹ entre el sujeto de la enunciación (acto y actante al mismo tiempo) y el enunciado es que surgen esos sujetos intermediarios que él llama *enunciativos* y que son simulacros discursivos por medio de los cuales la enunciación produce la ilusión de su presencia en el enunciado. Estos sujetos enunciativos no son ni actantes (como los sujetos de los programas narrativos o el sujeto de la enunciación) ni actores (como los sujetos del enunciado), ni mucho menos archi-actantes, denominación que Fontanille reserva para el enunciador y el enunciatario puesto que construyen la estructura misma de la enunciación:

Archiactantes	→	Enunciador ↔ Enunciatario
Acto de la enunciación	→	Sujeto de la enunciación ↓
Actantes	→	Sujetos enunciativos ↓
Actores	→	Sujetos del enunciado

Según las tres dimensiones del discurso a que ellos respondan, los sujetos enunciativos pueden ser cognoscitivos, pragmáticos o tímicos, que podemos llamar también sujetos sintientes:

⁸ Roberto Flores Ortiz, "La construcción semántica del acontecimiento -pasos para un análisis aspectual del relato."

⁹ Jacques Fontanille, *Les espaces subjectifs. Introduction à la sémiotique de l'observateur*, Hachette, Paris, 1989.



Así, el *observador* es un sujeto enunciativo de tipo cognoscitivo. Me interesa ubicar esta figura de gran abstracción y, por lo tanto, de gran generalidad que es la del observador porque es mediante ella —y sus inscripciones en el enunciado— que el enunciador, apelando a la competencia de observación del enunciatario, prepara un lugar para este último dentro de la enunciación misma a fin de completar su mecanismo y poder estructurarla.

Recordemos que la enunciación es una ruptura, un *deseembrague inaugural* que la funda a ella misma como una esquizia actancial (enunciador/enunciatario) y, a la vez, a todo el aparato semiótico: hacia la profundidad, actualizando los niveles virtuales, y hacia la superficie, realizando el discurso donde da lugar a las figuras de espacio, tiempo y actor. El *deseembrague*, con su par complementario, el *re-embrague* (el cual permanece en un deseo no cumplido pues nunca se vuelve al *embrague* primigenio, continuo y envolvente del proto-sujeto) es un mecanismo de importancia capital para comprender los efectos de sentido de esta carta.

Efectivamente, el *deseembrague*, según las figuras que instaure en el enunciado puede ser actancial, espacio-temporal, actorial y temático. Siempre con relación a la enunciación y de acuerdo con esos *deseembragues*, surgen los simulacros discursivos que llamamos observadores, ya que son varios, y que no son —como ya lo dijimos— los actores del enunciado: yo, tú,

o él y sus plurales. El observador, en tanto sujeto enunciativo e intermediario, es una sombra cognoscitiva, distinta y semejante, conjunta y separada de cada uno de esos actores. Así, si el desembrague es sólo actancial el observador es un *focalizador*; si el desembrague es espacio-temporal, el observador, además de focalizador, es un *espectador*; si el desembrague es actorial, el observador, además de los roles precedentes, es un *asistente* (que asiste a la escena, como lo contrario del ausente); y si el desembrague es temático, el observador, sumando todos los roles es un *asistente-participante*.

Ahora bien, para circunscribirnos en la carta que nos ocupa, aparte de tener en cuenta esta dimensión cognoscitiva de la enunciación debemos de considerar la dimensión tímica o afectiva —que comparte su nivel de abstracción y generalidad— y la dimensión pragmática —por medio de la cual las dos anteriores se concretan en un discurso. De esta última proviene siempre un hacedor (o performador) que, en nuestro caso, al asumir un rol verbal y escrito, hemos llamado el “escribiente de la carta”. Entonces, el escribiente, en virtud de su verbalización, pero gracias a esa sombra cognoscitiva que constituyen los distintos observadores y a partir de cada uno de ellos, es tan pronto un narrador, un relator, un testigo y un protagonista.

En efecto, el escribiente narra cuando cognoscitivamente está sostenido por un focalizador de la escena que funciona como si fuera una especie de cámara ubicada totalmente fuera de ella. No en vano a este narrador se le llamó tradicionalmente “omnisciente” y que nosotros identificamos como proveniente de un desembrague actancial muy simple y general que todavía no ha realizado ninguna delegación actorial. Es el caso de la frase: “...Esta vez se presentó en una verdadera pesadilla...” Podríamos decir que esta frase es una “forma pregnante”, un sobresaliente de aliento narrativo, pero en realidad toda la carta adquiere, a partir de ese sintagma verbal en relación con los otros, ese tono narrativo que produce la

impresión de que el escribiente está fuera de la carta y escribe desde otro nivel.

Pero hay también un desembrague actancial todavía más abstracto, primordial y profundo, “...Quizá sea mi destino...”, que es el único de este tipo en toda la carta, donde aparece explícitamente —a partir de ese “quizá sea”— una instancia cognoscitiva, diferente del enunciador implícito, diferente del focalizador y diferente también del actor “yo” del discurso puesto que “no soy yo ni el que pienso ni el que digo que mi destino es morir ahorcado, yo sólo digo que quizá sea ése mi destino”. Esa instancia del saber pleno sobre lo que el destino es, está aludida por una retirada de la subjetividad en su conjunto.

Pero aparte de estos dos casos de desembrague actancial —uno gracias al cual el escribiente se coloca en un punto de vista superior y abarcador que le permite convertirse en narrador, y, otro, donde el escribiente, fuera de todo punto de vista parece sólo contemplar el ser del destino— el escribiente relata; y, lo hace cuando aparte de narrar, es decir, de focalizar panorámicamente la observación verbalizada, se coloca como un espectador y adquiere los límites espacio-temporales del enunciado: “...como en las pesadillas que tenía de chico cuando temía que ‘la mano negra’ me ahorcara; como sucedió con mi hermano mellizo... El viernes en la noche me protegí con el llanto y con el abrazo de x y x...”

El escribiente pasa a dar cuenta de que está asistiendo a la escena y más que un espectador es un testigo: “...esta vez se presentó... he sido vencido; es como una fuerza que se impone y me lleva...”, donde ahí mismo pasa a ser un testigo participante: “...Pero hoy esa fuerza hasta me impide despedirme...” Y, además de participante, el escribiente es un testigo protagonista: “he tratado de luchar... he tratado de vencer... he llorado... no he podido tomar el teléfono...”

Ahora bien, estos tipos de narradores y observadores —que hemos señalado siguiendo siempre a Fontanille, cuya clasificación se puede consultar también en un estudio sobre la des-

cripción de María Isabel Filinich—¹⁰ provienen de una conjunción entre las dimensiones pragmática y cognoscitiva de la enunciación y adquieren una carga afectiva que les da espesor y contundencia. Tal carga, que se suma en el actor “yo” del enunciado, el escribiente, proviene de la dimensión tímica. Surge allí un sujeto sintiente, que llora, y dice que mucho. El verbo llorar aparece tres veces y con tres valores distintos: por las pérdidas que tuvo y por lo que deja y ama; luego como una protección y, por último, como lo único que ha podido hacer, el llanto casi como un logro. Ese sujeto es, incluso, un sujeto de pasión, puesto que todo hace y obra en él, el sujeto convertido en objeto: “...me volvió a invadir el impulso a la muerte [...] pero he sido vencido, es como una fuerza que se impone y me lleva [...] pero hoy esa fuerza hasta me impide despedirme [...] no he podido tomar el teléfono para pedir ayuda.”

Este otro sujeto enunciativo, por sus características especulares de identificación y de confusión, propias de la pasión, captura totalmente al enunciatario en favor del enunciador. Pero no obstante la adhesión lograda, el observador se impone en esta carta por encima del que podemos llamar el *apasionado*. Por su lado, el *performador* verbaliza y escribe. Lo que fusiona el sujeto de pasión, el observador distancia y el escribiente imprime sobre el papel. En efecto, el enunciador apela a la competencia afectiva del enunciatario a través de una adhesión sin mediaciones y apela a la competencia cognoscitiva mediante una toma de distancia, elaborada en el conjunto de los sintagmas verbales, que favorezca la emisión de un juicio epistémico de reconocimiento. Esto permite en el discurso la figura del destinatario de la carta como un sujeto que no sólo siente sino que discretiza, categoriza, narra y describe; todo lo cual le permite ofrecer una explicación, con una escritura perfecta y una secuencialidad

¹⁰ María Isabel Filinich, “Para una semiótica de la descripción”, *Cuadernos de trabajo* 37, Centro de Ciencias del Lenguaje, BUAP, Puebla, 1999.

cuidada, del acto de muerte que habrá de poner en ejecución a la partitura del réquiem apenas terminada.

Esta predominancia, sobre las otras dos, de la dimensión cognoscitiva de la enunciación que implica el protagonismo eclipsante del observador, es lo que produce en el destinatario la impresión de que el escribiente escribe desde otro espacio y desde otro tiempo que los de la carta misma. El efecto de un espacio distinto está dado por el desembrague actancial diseminado en toda la carta, desde el cual el observador focaliza al escribiente en su acción realizada y con valor terminativo: “he sido vencido”. Y el efecto de un tiempo también distinto surge porque además de esa focalización generalizada, el mismo sintagma verbal marca un pasado en el que el observador se involucra como un espectador que asiste a la escena y ve su actuación de pérdida perfectamente cumplida: “he sido vencido”.

Este observador, en todas sus variantes de inscripción en el discurso a las que ya hemos hecho referencia, es el que *hace ver* que la carta tiene lugar en dos niveles de tiempo, el tiempo implicante y el tiempo implicado (cumplido y no cumplido). Pero a su vez, este observador modalizante es un efecto de la relación entre los tiempos y las dos instancias de la carta, texto y discurso. Tal efecto de sentido hace irrupción y cobra valor, no antes, cuando el destinatario lee.

Esa irrupción semántica que ilumina hacia la profundidad del discurso la presencia de un observador, proyecta en dirección contraria el impacto de una obscuridad densa que el destinatario reconoce como una ausencia de sentido.

5. Detrás de la acción observada

Para comenzar a concluir podemos decir —desde este análisis— que la aspectualización del discurso, generada a partir de la enunciación, produce esos diferentes *aspectos*, miradas sobre los distintos procedimientos discursivos, posturas para ser mirado, que hacen emerger las infinitas capas de la subjetividad

en el discurso. Y dado que el discurso transcurre en una temporalidad distinta a la del texto en la que él se manifiesta, el proceso aspectual labora en ese tiempo implícito y profundo. Pero el texto, sensible y concreto, hace referencias al tiempo cronológico de la experiencia y he ahí el contraste del que proviene la potencia crítica de la aspectualidad y la consecuente proliferación de realidades distintas.

La presencia del sujeto de la enunciación que la aspectualidad manifiesta —por medio de la figura actancial del observador en sus distintos tipos— responde a la dimensión cognoscitiva, ya que una larga tradición asocia la vista al conocimiento. Pero nada impide que a esa dimensión podamos llamarle —con más ajuste a los órdenes sensoriales que permiten la intelección— percepto-cognoscitiva y así tendríamos, según la sustancia sensible del significante, no sólo la figura abstracta del *observador* sino también la del *oyente*, la del *degustador*, la del que percibe de manera táctil, el *palpador*, y la del que huele, el *olfateador*. Todos estos sujetos enunciativos constituirían igualmente el simulacro mediante el cual el enunciador, a través del enunciado, apela a la competencia cognoscitiva del enunciatario. Y estos sujetos enunciativos cognoscitivos cumplirían en el discurso la misma función que hemos señalado más arriba para el observador, la de ser una sombra cognoscitiva, distinta y semejante, conjunta y separada de cada uno de los actores del discurso.

La aspectualidad es, entonces, una sobredeterminación de lo inteligible que recae sobre el conjunto de los componentes del discurso pero la intensidad de la carga aspectual es variable en cada uno de ellos. La variabilidad dependerá de lo que está tematizado en el discurso. Así, en el caso que nos ha ocupado donde la semántica discursiva emplaza a la acción como un valor preponderante, la aspectualización se centra primero allí y desde la acción irradia su influencia hacia el actor que la realiza, el tiempo y el espacio en que ella se lleva a cabo.

Pero releendo una vez más la carta y después de estas consideraciones, estamos autorizados, por la misma dinámica re-

flexiva del aspecto, a tener la presunción de que la presencia cognoscitiva que hemos descrito está sostenida por otra figura además de la del observador y que a su vez la sobredetermina. Esta presunción viene a responder, con otra pregunta quizás, a la cuestión señalada en el nivel narrativo sobre qué figura llenaba el lugar que quedó vacío para cumplir el rol del sujeto de hacer, mejor dicho, el sujeto que imprime la acción al sujeto de estado que habrá de cumplir sus transformaciones, en el primer programa narrativo (ver p. 122). ¿Cuál es ese sujeto que hace hacer al destinador de la carta?

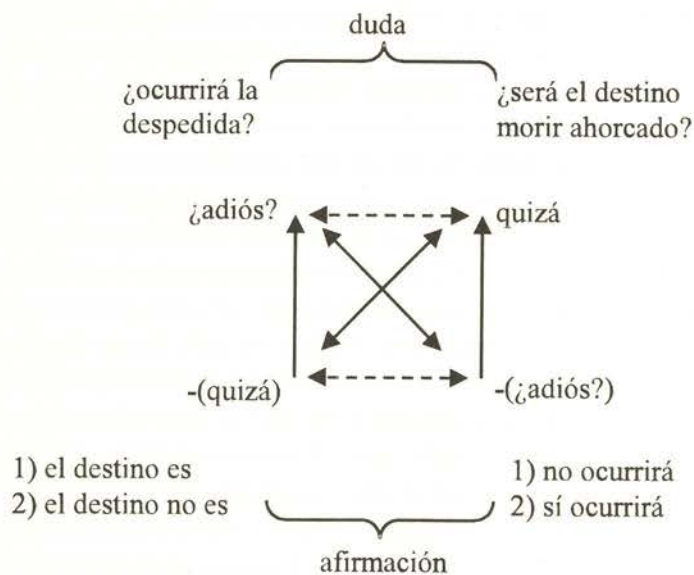
Debemos retomar el desembrague actancial que señalábamos en "...Quizá sea mi destino...", donde aparece en grado cero y sin delegación alguna esa instancia cognoscitiva diferente del enunciador y diferente del actor "yo" que escribe la carta, pues ahí se percibe una intencionalidad que no proviene de la instancia cognoscitiva misma aunque se manifiesta *en* y *con* ella y es muy difícil separarla.

Para lograr esa separación tal vez se abra una vía de acceso posible por el discernimiento del concepto de *destino* que asume la carta. Ciertamente, el destino aquí no es el de un proyecto a seguir, un camino esbozado hacia el futuro, sino más bien como un final ya prefigurado que debe cumplirse: "...morir ahorcado, como en las pesadillas que tenía de chico cuando temía que 'la mano negra' me ahorcara; como sucedió con mi mellizo..." Si esto fuera así, la carta es una primera interpretación de lo que el destino es, "quizá sea", en presente, y el ahorcamiento que ocurrirá después de la escritura de la carta, aparte de ser una segunda interpretación, será un acto perfectivo y terminativo de cumplimiento de lo que el destino es y ha sido desde siempre.

Pero el escribiente situado ante la duratividad de la escritura del texto se permite dudar del determinismo y anota: "quizá sea". Esa duda antepuesta al ser del destino adquiere relevancia porque se refuerza con otra, la que manifiesta el signo de pregunta del "adiós" y que hemos consignado también en la lista de los sintagmas verbales. Si el "adiós" está puesto en cuestión quiere

decir que la acción de despedirse, que es perfectiva y terminativa, adquiere un valor imperfectivo (el sujeto todavía no la está cumpliendo) y su desarrollo es durativo y aún no termina: “quizá nos despedamos, quizá no nos despedamos”, “quizá éste sea un adiós, quizá no lo sea”. El nuevo valor adquirido del “adiós”, por el signo de pregunta a su lado, hace referencia al “quizá” del *sea mi destino* porque si la despedida no se cumple, “sea” ya no es un presente eterno y predeterminado desde todos los tiempos sino que en virtud del “quizá”, reforzado por la cuestionada despedida, “sea” adquiere el valor futuro del subjuntivo que hace resaltar su imperfectividad y su duratividad. De rebote, ese nuevo valor del “sea” recae sobre el adiós dubitativo, puesto que si “el destino de morir ahorcado” es sólo una posibilidad en el futuro también la despedida es una posibilidad que puede o no ocurrir.

En consecuencia, entre /adiós?/ y /quizá sea/ se configura —por mutuas referencias que terminan estableciendo una presuposición doble— la oposición categórica que el siguiente cuadrado semiótico representa:



Como se puede ver, el eje de la duda tiene como contraparte el eje de la afirmación que, en cada contradictorio de los términos oponentes de la duda, tiene dos posibilidades: una negativa y otra asertiva. Son estas posibilidades dobles de la afirmación, generadas por los términos de la primera presuposición recíproca de los constituyentes de la duda, las que implican y, por ende confirman, la existencia estructural de la duda. En efecto, el hecho de que el destino sea o no sea el de morir ahorcado implica que la despedida haya sido puesta en cuestión y el hecho de que la despedida ocurra o no ocurra implica que se haya considerado que el destino no era ni una predeterminación ni un futuro hipotético, o sea, que era otro.

Este microuniverso de la duda hace de soporte e impulsa, a la vez, la figura del observador que el acto (sujeto) de la enunciación asume y, como a una competencia virtual, pone en acto. Este observador estructurado en la duda y que todo lo narra y lo ve desde una distancia donde en un nivel inferior el escribiente escribe: “he sido vencido”, tendría la posibilidad de observar y de narrar la lucha entre la “fuerza que se impone y me lleva” y otra que quizá sea, exista, que hace a la duda del destino y del adiós. ¿Cuál sería, pues, esa fuerza? En el discurso está la respuesta: la contraria al “impulso a la muerte” con el que “he tratado de luchar estas últimas horas”.

Es importante tener en cuenta que, al igual que el actante observador, el actor escribiente, está fuera del campo de combate, “he tratado de vencer ese impulso pero he sido vencido”, porque serán ellas, las fuerzas, las que quizás han de luchar, no “yo” del enunciado. Y quizás “yo”, que ha sido vencido, que ha salido de la escena y de la lucha precisamente porque ha sido vencido, pueda, como el observador al que lo asiste la duda, asistir a la victoria, de aquella otra fuerza, sobre la fuerza que lo venció a él. Pero estas fuerzas, independientes del “yo” del enunciado y de la actualidad que entaña y lo condiciona, parecen venir de otro fondo que no es la dimensión cognosciti-

va. Ese fondo, que tampoco parece provenir de la dimensión tímica o afectiva ¿es pasional?, ¿es ético?

Lo que sí se puede reconocer en el discurso es que muy aparte de las fuerzas que luchan entre sí y con total independencia del escribiente, un fondo ético ejerce su influencia en la dimensión cognoscitiva y sobredetermina, entonces, la sobredeterminación aspectual, “se trata del lazo, aunque no bien elucidado pero sí, al menos, unánimemente e intensamente vivido, entre actualización y ética”.¹¹

Ello se comprueba puesto que ya sobre el filo del cierre, el escribiente de la carta, habiendo reconocido su extrema debilidad, su necesidad de protección que ni siquiera será colmada (“...el viernes a la noche me protegí con el llanto y con el abrazo de X y X... Pero hoy esa fuerza hasta me impide despedirme...”), su pérdida en la lucha y su salida del combate, recompone su postura para ser mirado, pues algo le dice o le muestra que en ese reconocimiento defrauda a los amigos y ofrece una suerte de disculpa. La imagen termina de componerse en el agradecimiento, por lo que ellos hicieron por él y por el cariño que le brindaron. La reconciliación en el afecto, remarcada como una acción perfectiva y terminativa por el signo de admiración, prepara la ilusión del re-embrague que la duda del adiós otorga y que disipa el tiempo inexorable del texto. Pero en el tiempo implícito del discurso el enunciador, apelando a la competencia afectiva y ética del enunciatario, le ha otorgado a este último un lugar en la estructura de la enunciación; el anhelado e imprescindible juicio de aceptación del enunciatario, no ya sólo epistémico sino, además, ético y afectivo, está asegurado.

¿Es que acaso toda la carta es la composición de una postura para ser mirado, una postura que permita antes que nada una identidad del sujeto para encontrar en consecuencia un modo digno de morir porque digna ha sido esa vida? ¿La carta del suicida, forma parte de un ritual de transformación del sujeto

¹¹ Claude Zilberberg, *op. cit.*, en nota 6, p. 83, la traducción es propia.

para poder pasar del estar vivo al estar muerto? ¿Los programas del nivel narrativo son, entonces, progresivos hacia el futuro? Si volvemos a retomar la relación entre las dos instancias de la carta, como texto y como discurso, en esa relación ocurre algo semejante como lo que Roberto Flores Ortiz señala para el *acontecimiento histórico* y el *suceso narrado*.¹² En un orden cronológico invertido y siguiendo las reflexiones de Flores Ortiz, la carta como texto formaría parte del acontecimiento histórico del suicidio y la carta como discurso adquiriría el estatuto de narración progresiva, de sucesión premonitoria del suceso del suicidio, o sea, como un componente previo de una unidad existencial mayor que se integrará después. En este sentido, la carta como discurso da forma para el destinador, por ese mismo decir, al hecho de la muerte propia como un *objeto intencional*, así él está aspectualmente situado frente a lo posible, a lo narrable por otro. Para el destinatario, en cambio, la situación es inversa y asimétrica: frente a la totalidad del acontecimiento cumplido y a la de la integración de la carta como texto y como discurso, no le queda otra vía para la comprensión que desandar las implicaciones desde los presuponientes a los presupuestos.

El trabajo semiótico ve aquí sus límites, ya sea por la complejidad inaprehensible del discurso o por falta de desarrollo teórico-metodológico. En ese límite podemos decir, con el conocimiento de causa que nos provee el análisis, que el discurso de la carta hace presente la existencia de un fondo modal complejo constituido por un orden ético explicitable y por otro orden distinto que, a falta de mayor discernimiento, reconocemos como pasional —aparte del tímico-afectivo que da lugar al sujeto sintiente— o que en todo caso vuelve pasional al sujeto por convertirlo en objeto pasivo de su poder.

¹² Roberto Flores Ortiz, *op. cit.*, y, además, para una mejor comprensión del concepto de “progresión narrativa” desarrollada por este autor, puede consultarse el artículo “La aspectualidad entre lingüística y semiótica” en, *Fronteras de la semiótica*, Óscar Quezada Macchiavello (ed.), Universidad de Lima-FCE, Lima, 1999.

En efecto, el signo de pregunta del adiós confirma que la lucha de las fuerzas se da en otro espacio que es independiente de la dimensión ética pero que es igualmente modal. De esa diferencia topológica proviene la esperanza (¿el deseo?), manifiesta en el mismo signo de pregunta, en el intento frustrado de “tomar el teléfono para pedir ayuda” y en la confesada necesidad de protección “con el llanto y con el abrazo”. Esperanza, en fin, de que la despedida sea imperfecta y no llegue a su completud. De la semejanza funcional de ese fondo modalizante proviene el hecho de que “una fuerza se impone” llevando la misma mano del escribiente que escribe a la ejecución de su muerte y, así, el adiós se concreta definitivamente.

Ahora bien, por un asumido acto de identificación entre la descripción semiótica y su objeto, podemos igualmente decir que, si el texto de la carta termina con un signo de pregunta frente a un acto de radical contundencia, este texto de construcción que pretende ser el espejo de sus formas, puede, también, y por qué no, concluir en una cuestión: ¿este fondo modal de las fuerzas en pugna también modaliza el proceso de aspectualización como lo hace la dimensión ética?, ¿habrá una cadena de meta-modalizaciones que surgiendo del fondo pasional va de la ética a la aspectualidad, o bien, es que la modalización ejercida por las fuerzas condiciona por un lado a la ética y por otro lado a la aspectualidad?

En todo caso, estas preguntas indican, en primer lugar, que habría que modificar el cuadro hecho más arriba con las tres dimensiones del discurso para agregar una cuarta, y, en segundo lugar, ellas confirman las reflexiones de Claude Zilberberg¹³ en cuanto a la necesidad de integrar en una relación complementaria del metalenguaje —función primordial de la reflexibilidad en el lenguaje— los procesos de aspectualización y modalización. Queda por supuesto por definir, si ello es posible, cómo

¹³ Claude Zilberberg, *op. cit.*, en nota 6, véase el punto 1.3. Aspect et méta-langage.

esa relación se establece en cada discurso particular. En el caso que nos ha ocupado, la aspectualidad aparece como manifestante y quizá sea para producir un haz de impresiones en el destinatario. Todas esas impresiones se resuelven en él, finalmente, como un destello perturbador que opaca, detrás de la acción observada, la fuga del sentido implícito y profundo de la carta del suicida.

Bibliografía

- ALONSO, Martín (1991), *Enciclopedia del idioma*, Gredos, México.
- CARRETER, Fernando Lázaro (1981), *Diccionario de términos filológicos*, Gredos, Madrid.
- COROMINAS, Joan (1983), *Breve Diccionario etimológico de la Lengua Castellana*, Gredos, Madrid.
- FILINICH, María Isabel (1999), “Para una semiótica de la descripción”, *Cuadernos de trabajo 37*, Centro de ciencias del Lenguaje, BUAP, Puebla.
- FLOREZ ORTIZ, Roberto (1999), “La aspectualidad entre lingüística y semiótica”, *Fronteras de la semiótica*, Universidad de Lima-FCE, Lima.
- FONTANILLE, Jacques (1989), *Les espaces subjectifs*. Introduction à la sémiotique de l'observateur, Hachette, París.
- GREIMAS, A. J., COURTÉS, J. (1982 y 1991), *Semiótica. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*, tomo I y II, Gredos, Madrid.
- GONFROY, Gérard (1991), “Enquête sur la préhistoire de la notion d'aspect verbal”, *Le discours aspectualisé*, Pulim/Benjamins, Limoges.
- GUILLAUME, G. (1952), *Psicología del lenguaje*, Paidós, Buenos Aires.
- ROCA PONS, J. (1960), *Introducción a la gramática*, Teide, Barcelona.
- MOURELATOS, A. (1981), “Events, processes, and states”, en P. J. Tedeschi y A. Zaenen, *Syntax and Semantics 14: Tense and aspect*, Academic Press, Nueva York.

RUIZ MORENO, Luisa (1997), "La acción observada", *Revista Opción*, Año 13, Nº 23, Maracaibo.

ZILBERBERG, Claude (1991), "Aspectualisation et dynamique discursives", *Le discours aspectualisé*, Pulim/Benjamins, Limoges.

— (1990), "Brève réponse à Paul Ricoeur", *Nouveaux Actes Sémiotiques*, 7, Pulim, Limoges.